

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

A la hora en que esto escribo, hállase Madrid colgado e iluminado, y sobre los balcones se yerguen cruces de flores, muchas de ellas señaladas en el aire por filar de bombillas eléctricas. Hay casas que no presentan ningún adorno, y parecen frías y tristes en relación con las otras tan gayas, tan vivas de color, con el predominio de la bandera española, y con las rojas flores y las verdes ramas.

La gente se ha echado a la calle; en mínima parte, de mal humor, por motivos políticos; en su mayoría, contenta y prometiéndose divertirse con un espectáculo gratuito, de esos por los cuales se perece el buen pueblo madrileño.

Los festejos tienen un motivo que no interesa sólo a España, sino al mundo entero, por el cual se han extendido los cristianos, en diez y nueve siglos, de tal suerte, que no sé si existe región alguna del globo donde no alce la Cruz redentora sus brazos amorosos, y donde no se eleve al cielo la Hostia santa. Aun cuando no sean católicos muchos y vastísimos países, cristianos son, y la fecha de la libertad concedida a los cristianos por Constantino, en el siglo IV de la Iglesia, es solemne para millones y millones de hombres, en la superficie de nuestro planeta y en todas sus regiones y comarcas.

Remontándonos con la imaginación a ese momento culminante de la historia, nos figuramos cuál debió de ser el gozo de los cristianos, autorizados por fin a profesar públicamente su culto, a erigir sus templos al aire libre y en medio de la plaza, a catequizar sin obstáculos, y a dejar de ser la muchedumbre proscribita y fuera de la ley que eran desde trescientos años atrás. Tres siglos habían durado las persecuciones, sucediéndose a intervalos bastante cortos, y tanta atrocidad y crueldad no había podido, no ya desarraigar la nueva fe, pero ni detener su avance, su asombroso desarrollo, no sólo dentro de Roma, sino en los pueblos más distantes de Roma. Ninguna doctrina ha arrojado tan largo plazo de lucha, ni otra lucha fué jamás tan encarnizada y sangrienta, pues ni los perseguidores se cansaban de atormentar, ni los perseguidos de sufrir. Todavía en tiempo de Constantino, uno de sus socios, Maximino Daya, a quien había correspondido el Egipto, torturó bárbaramente a una doncella prodigiosa, filósofa y artista, Santa Catalina de Alejandría; y ya la multitud, harta de suplicios, miraba con repulsión las escenas de ferocidad, los tormentos y las degollaciones. En Roma ocurría lo mismo. Aunque no todos fuesen cristianos, ni mucho menos, los cristianos abundaban lo bastante para formar opinión, y opinión vigorosa.

Constantino, probablemente, no era cristiano tampoco; pertenecía al número de esas almas fatigadas que aparecen en los momentos de decadencia de una civilización, en las horas de las transiciones; pero este hombre sin convicción era muy inteligente, poseía un tacto político extraordinario, leía claramente en la marcha de los sucesos, conocía el estado de las almas y además tenía una madre cristiana ferviente. De aquí el Edicto de Milán.

No se escapaba a la comprensión de Constantino que el Cristianismo era una inmensa fuerza social, un elemento organizador como ninguno. Todos los fines humanos y todas las prescripciones morales en que puede fundarse una sociedad que haya de resistir a los embates del tiempo, los llevaba el cristianismo contenidos en su esencia. Cuanto pudiese sobrevenir, en la larga serie de los siglos venideros, estaba, por decirlo así, previsto en aquella doctrina tan fecunda. Y además, el César debía de haber notado (en la necesidad de manejar a los hombres para hacer frente a los peligros y agitaciones de su época) que los cristianos, entonces todos sinceros, eran los más honrados funcionarios, los soldados más valerosos, la mejor gente que le era dado emplear.

En una sociedad caduca vió Constantino el germen nuevo, la suma de elementos de vigor que se le presentaban y que debía utilizar, y cerró la era de las persecuciones, consintiendo el ejercicio del culto y reintegrando en la ciudadanía a los excluidos de ella por una intolerancia extraña en un Estado como el romano, que había otorgado y abierto el Panteón a todos los dioses y númenes de las naciones conquistadas.

Las persecuciones, no cabe duda, encandilaron y exaltaron la fe, y ayudaron a su propagación en regiones tan distantes como España, que produjo tantos tenacísimos mártires; pero, aun el más resuelto confesor, el que con mayor heroísmo haya protestado de sus creencias ante los suplicios, pudo desear ardentemente la hora en que Cristo no se viese precisado a ocultarse, y en que la doctrina, pudiendo extenderse sin riesgo ni obstáculo, dominase al mundo. Fué pues una fecha bien memorable, no para el cristianismo únicamente, para toda la especie humana, la que hoy conmemoran estas banderas, estas cruces de rosas y luz, surgiendo de los balcones, como afirmando la persistencia de aquel inmenso fenómeno, el más extraordinario de la historia.

Lo que más admira en él — considerándolo no más que desde su punto de vista social y político — es que, a la vuelta de tanto tiempo y tantas transformaciones y evoluciones de los pueblos, el cristianismo siga siendo, como en la hora de Constantino, la fuerza integradora, lo que afianza y sostiene, lo que presta a la sociedad la fortaleza necesaria para resistir a los gérmenes de destrucción que, entonces como ahora, aunque hayan cambiado los términos del problema, la atacan en sus centros vitales.

Del cristianismo se originaron las naciones; en la Edad antigua, naciones no hubo; hubo pueblos, después de haber tribus y hordas. Por las naciones se desarrolló el sentimiento de la patria, profundo, robusto, fraternal. Cuando se decía, a principios del siglo XIX, que eran una misma cosa la religión y el patriotismo, involuntariamente y tal vez inconscientemente se reconocía la verdad histórica de la influencia extraordinaria del cristianismo en la formación de las nacionalidades. Y claro es que el cristianismo abarcaba a todas las naciones, y el patriotismo, en aparente contradicción, concentraba el sentimiento de amor en una sola; pero es que el cristianismo, en eso como en todo, se aviene a la realidad de la condición humana, y respeta y admite y hasta consagra el natural impulso de defender lo propio contra lo extraño, y la necesidad de esta defensa, en casos de guerra y en casos de paz. Si el cristianismo colocase a sus adeptos fuera de la realidad, si los incapacitase para la vida, no sería doctrina de verdad; no podría servir de base a las sociedades venideras. He ahí cómo la idea religiosa prestó tan firme fundamento al patriotismo, y no ha dejado de darle estabilidad en nuestros días, en naciones pujantes, no católicas muchas de ellas.

Por eso, en la crisis que ahora sufre la sociedad, atacada en la raíz de su existencia, han sido puestas en tela de juicio la religión y la patria juntamente, y con igual empeño atacadas y combatidas. Y es posible que el ataque mismo las reanime y, sobre todo, las defina mejor, haga comprender mejor el papel que ambas ideas desempeñan, la función biológica que les corresponde en el organismo social.

Ha de ser España, por la debilidad y atonía que en ella se advierte, por esta especie de desencanto letal que sufre, una de las naciones donde menos se caractericen los síntomas de resistencia orgánica; y, sin embargo, dijérase que comienzan a iniciarse en su cuerpo enfermo reacciones vitales.

En una ciudad no muy importante ni populosa, grande por sus recuerdos y por los monumentos que conserva, Alcalá de Henares, he podido yo notar estos días algunos de estos síntomas a que aludo. Alcalá ha celebrado fiestas cívico-religiosas. Las primeras conmemoraban el Centenario de haber sido libertada la ciudad de las tropas francesas, por las de Juan Martín el Empecinado, en 1813; las segundas la fiesta de las Santas Formas que todos los años se verifica allí.

A la memoria de la liberación de la ciudad se consagraron: una velada en el Teatro Cervantes, y una ceremonia cívica, la colocación de una corona en el pedestal del monumento al Empecinado; y el homenaje a las Santas Formas consistió en una peregrinación, organizada por la Adoración nocturna, y una procesión. Todo ello no constituye ningún suceso que tenga suma resonancia fuera de los ámbitos de la antigua ciudad de Cisneros y Cervantes; pero mirados con los ojos del observador y del psicólogo, como se miran las cosas para incorporarlas a la historia, algo significan estos festejos.

No hace más que cien años que ocurrió nuestra

guerra de la Independencia, y si hubo cosa que tuviese carácter nacional, fué aquel alzamiento formidable. Dos móviles, el religioso y el patriótico, lo provocaron. Los franceses eran, como los españoles, cristianos y católicos; pero la Revolución de 1793 había cerrado los templos de toda Francia, y aun cuando Napoleón, que era nuestro invasor, los abrió de nuevo, y restableció el culto y celebró el Concorato con la Santa Sede (porque aquel moderno Constantino comprendía muy bien que no existe sino una manera de gobernar), sus soldados, parte porque venían impregnados aún del espíritu revolucionario, parte por ese instinto de ofender, dañar y destruir, que surge en las tropas invasoras, atropellaron las iglesias, destruyeron y robaron los objetos del culto, y cometieron toda especie de tropelías e irreverencias. El caso de Alcalá de Henares fué el caso general. En Alcalá, en 1813, vencidos ya en toda España, cansados de una guerra tan espantosa, lo primero que hicieron los franceses, en el convento de San Bernardo, fué profanar el Sagrario, desparramar por el suelo las Formas, acaso pisotearlas, y obligar a las monjas a ocultarse, temerosas de otros desmanes que tampoco solían omitirse. Y fué este sistema, practicado en toda la Península, lo que alzó en armas hasta a las piedras. Las partidas brotaron al impulso de la dignidad nacional herida en lo más íntimo, en la profanación de los templos, en la honra de las mujeres, en las personas reales, que si no estuvieron, por cierto, a la altura de ningún español patriota de entonces, sino mucho más abajo, por su servilismo y cobardía, eran sin embargo para España el símbolo de la nacionalidad. Es innegable que Fernando VII valía menos que José Bonaparte, pero José era el Intruso, y había venido hollándonos y sacándonos de quicio. España se levantó. Salieron a plaza las partidas, tropa irregular, informe, de vario armamento, de pintoresca heterogeneidad, de caprichosa desorganización, en las cuales entraban no sólo viejos y niños, sino mujeres. Y esto era la gran señal de lo popular de la guerra, pues hasta que la mujer se asocia, no se puede decir que un movimiento esté en el corazón de un pueblo.

El que libertó a Alcalá, Juan Martín el Empecinado, fué acaso el mejor, el más heroico de los guerrilleros. No le había llevado al campo el deseo de vengar la muerte o la deshonra de algún ser querido; sencillamente le impulsó la indignación patriótica. Era un labrador, nacido en Castrillo, el pueblo de la *pecina*, vecindado en Fuentecén, casado, sin más aspiraciones que la de llevar la yunta y entrojar el trigo. De pronto, pudo decir de sí mismo lo que le atribuye un poeta anónimo de su tiempo:

No tuve, para vencer,  
más escuela que el valor,  
y sin juzgarme soldado,  
ya me encontré vencedor.

En efecto, de los dos o tres que con Juan Martín se echaron al campo, a matar franceses, como se decía entonces, salió la división Empecinada, quinta del segundo ejército, perfectamente organizada y aguerrida, cuando corrió a la defensa de Alcalá. Vicisitudes, sufrimientos, amenazas, pobreza, hambre, no habían podido arredrar a Juan Martín, héroe digno de compararse a los de la antigüedad, a los Escipiones y a los Viriatos. Su campo de operaciones, en los últimos tiempos de su vida militar, eran los contornos de Madrid, Guadalupe y Sigüenza. Ni un segundo dejaba respirar a los franceses, y al libertar a Alcalá, pudo hacerlos trizas, pues los persiguió a la bayoneta hasta San Fernando, y, a tener allí su caballería, no queda uno.

Y este intrépido batallador era clemente, piadoso con los rendidos y los prisioneros, por lo cual su adversario, el general Hugo lo estimaba profundamente, y se lo decía reiteradamente. Y Juan Martín, que no se mordía la lengua, contestaba al francés, padre, por más señas, de Víctor Hugo: «Pues yo de usted tengo muy mala opinión.»

A este hombre, digno de eterna memoria, es a quien dedicó Alcalá de Henares justo homenaje. Cada vez que veo alguno de los bellos monumentos del pasado, unas venerables piedras, una gran obra de arte, decorando todavía nuestras ciudades ilustres, pienso en los que las preservaron, y envío un saludo de cariño a los que, como Juan Martín, arrojaron al invasor por las puertas y le impidieron consumir acaso con el incendio su obra de depredación y de injuria. Juan Martín, o mejor dicho los guerrilleros, la Resistencia en él simbolizada, debiera tener un monumento en la corte — si lo permiten los políticos y los caudillos de guerras civiles, que son casi los únicos usufructuarios de la monumentalidad española.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.